

menos al otro, cuya constitución, además, fue bastante tardía¹. Esa elección podría entenderse, a su vez, como resultado de la especial coyuntura histórica que vivía entonces el país. En 1922 es electo presidente Marcelo T. de Alvear, un político radicado desde años antes en París, que ni siquiera había participado de la contienda electoral. Su misma elección para el cargo había sido bastante sorprendente, pues pertenecía, por sus orígenes, forma de vida e inclinaciones, al radicalismo llamado por entonces Azul, que formaba el ala más conservadora de tal partido. Quizá, como han sugerido diversos historiadores, Yrigoyen buscaba neutralizar así el surgimiento de un nuevo caudillo dentro de su propio sector o, al reservarse la designación de un partidario incondicional para la vicepresidencia —Elpidio González—, calculaba que manejaría sin dificultades al frívolo Alvear. Lo cierto fue que esto no ocurrió y que el distanciamiento entre ambas tendencias se agudizó en esos años, al punto que, cuando las nuevas elecciones generales de 1928, los ya «antipersonalistas» se unieron —en el llamado Contubernio— con socialistas independientes y conservadores tratando de impedir sin éxito el retorno al poder del viejo caudillo (Yrigoyen tenía ya setenta y seis años).

La presidencia de Alvear (1922-1928) aprovecha el favorable momento para nuestra economía agroexportadora que va de la crisis productiva de posguerra al «crack» internacional de 1929. Con una balanza de pagos favorable y la alta cotización de nuestro peso, no le resulta difícil gobernar, destinando buena parte de su tiempo a recepciones, inauguraciones o prolongados períodos veraniegos en la ciudad balnearia de Mar del Plata. De hecho, su pasiva política condenaba todas las formas incipientes de industria nacional que se habían desarrollado durante los años de la primera guerra, propiciando de paso una clara penetración en nuestra economía de capitales estadounidenses. Aquella relativa estabilidad, sin embargo, menoscabó la combatividad del activismo obrero y redundó en un eclipse del anarcosindicalismo —tendencia hegemónica de la clase obrera en ese momento—, posibilitando que el nuevo gobierno diera marcha atrás en relación a diversas medidas salariales y de seguridad social acordadas por el primer gobierno de Yrigoyen (1916-1922). Pero existía ocupación plena y el alza de los precios no comprometía más de lo que ya estaba el nivel de vida proletario o de las clases medias, al tiempo que la burguesía agrícola-ganadera y comercial acrecentaba su riqueza y bienestar. El saldo, pues, arrojaba un clima de tranquilidad interna, sobre todo si se piensa en los conflictos (Semana Trágica de enero de 1919, huelgas y conmoción social en la Patagonia) que caracterizaran el anterior gobierno radical. Un clima favorable a las innovaciones, a los cambios en las costumbres, en las modas: la presencia multiplicada del automóvil por las calles de la ciudad y la participación de la mujer en lugares o actividades que le estaban vedados, modifica sustancialmente la vida cotidiana del porteño, que se aficiona a la radiotelefonía, al cinematógrafo, a nuevos ritmos bailables (shimmy, fox-trot, one-step, etc.) de la música sincopada, a una veloz difusión del tango por los

¹ «El año 1924 presencia la fundación oficial del grupo surrealista», asegura NADEAU en su *Historia del surrealismo* (Barcelona, Ariel, 1972, pág. 72), cuando IVAN GOLL publica la revista *Surréalisme* y el grupo que rodea a BRETON lanza su propia publicación: *La révolution surréaliste*. De aquel año es también el primer Manifiesto del surrealismo.

café que inundaban la urbe, a la pasión por los deportes, por las hazañas de aeronavegación, por los magazines ilustrados...

Con ese clima social predominante, vinculó el hecho de que haya sido el vanguardismo vital, exultante, dispuesto siempre a la mueca antisolemne, el que cundiera entre nosotros. De sus formas, tuvo especial incidencia el ultraísmo español, cuya representación trajo Jorge Luis Borges al retornar al Río de la Plata en 1921. Pero no todo debemos delegarlo en eso y una prueba de ello es la precursora, poco conocida y contradictoria *Los Raros. Revista de orientación futurista*. Dirigida por Bartolomé Galíndez a comienzos de 1920, fue la primera publicación periódica que mencionó al italiano Marinetti, a la revista sevillana *Grecia* y a los ultraístas españoles, aunque sus caracterizaciones de los mismos adolecieron de aspectos confusos, tanto que su director reduce las más diversas expresiones de la vanguardia europea al calificativo de simbolistas:

«Todo es simbolismo, amigos míos. Rimbaud y Mallarmé son simbolistas, como simbolista es Huidobro, como lo son Reverdy y Apollinaire, Cocteau y Rivoire, Cannel y Holley, Blaise Cendrars y Cansinos Assens, Priets y Ruche, Decarisse y Salomón»².

Como dije, en diciembre de 1921 retorna al país Jorge L. Borges, tras estudiar en Ginebra y permanecer un tiempo en Madrid, y formula en el número 151 de la revista *Nosotros* las cuatro consignas básicas del ultraísmo:

- 1.º Reducción de la lírica a su elemento primordial: la metáfora.
- 2.º Tachadura de las frases medianeras, los nexos y los adjetivos inútiles.
- 3.º Abolición de los trebejos ornamentales, el confesionalismo, la circunstanciación, las prédicas y la nebulosidad rebuscada.
- 4.º Síntesis de dos o más imágenes en una que ensancha de ese modo su facultad de sugerencia.

A practicarlas se lanzaron él mismo y otros jóvenes entusiastas desde las páginas de una revista mural, *Prismas*, de la que sólo alcanzaron a pegotear dos números por las calles céntricas. «El primer cartel (diciembre de 1921) contenía versos de Borges, González Lanuza, Guillermo Juan, Norah Lange y Francisco Piñero. En el segundo y último (marzo de 1922) se agregaron a los nombrados Guillermo de Torre, Adriano del Valle, R. Yopez Alvear, Salvador Reyes y Jacobo Sureda»³. Poco después la sucedió *Proa*, de la que apenas aparecieron tres números entre agosto de 1922 y julio de 1923⁴. A esa *Revista de renovación literaria*, como la subtitulaban, aportaron la mayoría de los nombrados más algún otro (Roberto Ortelli, Ildefonso Pereda Valdés,

² La cita y la caracterización de la revista provienen del artículo de ADOLFO PRIETO «Una curiosa *Revista de Orientación Futurista*», en el *Boletín de Literaturas Hispánicas*, Rosario, Facultad de Filosofía y Letras, 3, 1961.

³ LAFLEUR, HÉCTOR RENÉ, PROVENZANO, SERGIO D. y ALONSO, FERNANDO. *Las revistas literarias argentinas 1893-1967*. Buenos Aires, Centro editor de América Latina, 1968, págs. 85-86.

⁴ Con un formato de 33 x 21,5 cm., esta primera *Proa* contaba con sólo cinco páginas y en las tapas de todos los números aparecieron huecograbados de Noral Borges.

Helena Martínez, etc.), y un extraño prosista, casi desconocido para los circuitos literarios oficiales, pero en quien veían los jóvenes a un verdadero maestro: Macedonio Fernández. Vale la pena destacar también la colaboración de algunos españoles (Cansinos Assens, Rivas Paneda, Adriano del Valle), de algunos americanos (Salvador Reyes, Manuel Maples Arce, Alberto Rojas Jiménez) y de algunos europeos traducidos: Rainer María Rilke y Emile Malespine.

En el primer número se pronunciaban colectivamente («Al oportuno lector») en favor de la escuela vanguardista española en que había militado Borges durante su permanencia en Madrid:

«El ultraísmo no es una secta carcelaria. Mientras algunos, con altilocuencia juvenil, lo consideran como un campo abierto donde no hay valladares que mortifiquen el espacio, como un ansia insaciable de lejanías; otros, sencillamente, lo definen como una exaltación de la metáfora, esa inmortal artimaña de todas las literaturas que hoy, continuando la tendencia de Shakespeare y de Quevedo, queremos remozar.»

Una escuela a la que seguía ligado Guillermo de Torre, según se advierte en su artículo «Ultraísmo», del mismo número inicial, donde afirma:

«La imagen —protoplasma primordial del nuevo substratum lírico— se desdobra y se amplía hasta el infinito en los poemas creados de la modalidad ultraísta. El poeta aspira a construir un orbe nuevo en cada poema, sintetizando en él la esencia depurada del lirismo.»

Borges, por su parte, dictaminaba principios estéticos desde sus notas bibliográficas con apostura confiada de guía. El es el encargado, por ejemplo, de encuadrar el redescubrimiento de Macedonio, a propósito de cuyo inédito «El recién venido» (*Papeles de Recienvenido* sería el título definitivo de la obra, en 1929), desenvuelve una informada explicación sobre la corriente fantástica que va de Poe a Wells, por un lado, y de la que se cimenta en el estilo de Quevedo o de Gómez de la Serna, para concluir:

«Ensanchando los anteriores ejemplos, quiero apuntar que la novela imaginativa no es más que el aprovechamiento desafortadamente lógico de un capricho. Sólo conozco una excepción. En las digresiones de Macedonio Fernández, parece ver una fantasía en constante ejercicio: actividad que briosamente va diseñando universos, no legislados y fatales como un problema de ajedrez, sino arbitrarios y burlones como la mejor partida de truco»⁵.

En esa comparación final, así como en su anterior descalificación del estridentismo mundonovista —al que opone «la dulce calle de arrabal, serenada de árboles y enternecida de ocasos»— y de lo que llama con cierto sarcasmo «lírica de términos geométrales», se perfila ya una escisión de Borges respecto de la fe vanguardista a ultranza. Mientras tanto, la ecléctica *Nosotros* vuelve a franquear sus páginas del

⁵ *Proa*, núm. 3, pág. 4.